

¿Por Qué la Asamblea Debe Participar en la Misa? ¿Por Qué Llegar a Misa a Tiempo y Por Qué Permanecer hasta el Final de la Misa?

San Pablo nos recuerda que “Ustedes son el Cuerpo de Cristo y cada uno forma parte de él” (I Cor 12: 27). Por tanto, cuando los cristianos bautizados se reúnen para el culto, ellos se reúnen como miembros del cuerpo vivo de Cristo en el mundo de hoy. Nos reunimos todos juntos, movidos por el Espíritu, con Cristo nuestro hermano como cabeza, dando alabanza y gloria a Dios nuestro Padre. Es parte de nuestra tradición cristiana, como nos lo recuerda la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* del Concilio Vaticano II, que es al final de cuentas el mismo Cristo quien como sacerdote, ofrece culto a Dios en la liturgia (art. 7). Por tanto, cuando los bautizados se reúnen juntos en la liturgia, ninguno puede ser un espectador pasivo viendo al sacerdote hacer algo por nosotros, puesto que todas las partes del Cuerpo de Cristo, la Iglesia, junto con Cristo, Cabeza y miembros, están activamente dando adoración y gloria a nuestro Dios.

La Escritura narra varios momentos en los que el pueblo santo de Dios, activamente participa en el culto a Dios. Por ejemplo, en la rededicación del templo de Jerusalén, el escriba Esdras leyó el libro de la ley al pueblo reunido para el culto y después, “todo el pueblo respondió, ‘amén, amén’” (Neh 8: 6). Los Hechos de los Apóstoles recuerda que la comunidad cristiana primitiva se reunía para la oración en el templo y celebraba la “fracción del pan” en sus hogares (Hechos 2: 46). El Salmo 103 comienza: “Bendice al Señor, alma mía. Todo mi ser bendiga su santo nombre”.

Rendir culto a Dios es más que estar físicamente presente en la iglesia —encierra el escuchar, hablar, cantar, ponerse en pie, arrodillarse, sentarse—, esto es, utilizando todo nuestro ser para alabar a nuestro Dios.

El pueblo santo de Dios, reunido para el culto, no es mero espectador en un evento deportivo, viendo a otros actuar para ellos. El culto a nuestro Dios es algo en lo que los cristianos participan como respuesta al amor que sienten por su Dios que es amor (1 Jn 4:16). Tal como afirma la Declaración del Comité para la Liturgia de los Obispos de los Estados Unidos, *La Música en el Culto Católico*, dice: “la gente enamorada realiza signos de amor, no solo para expresar su amor sino también para profundizarlo” (No. 4). Cuando nos reunimos en Misa, profundizamos nuestro amor a Dios y a los demás, y esto exige participación en vez de pasividad.

Al menos doce párrafos de la *Instrucción General sobre el Misal Romano* se refieren a la “participación activa” o la “celebración activa” de aquellos reunidos para la Misa. Algunos de estos párrafos (p.e., IGMR 18, 386) incluyen una citación mucho más extensa tomada de la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* que se refiere a la “participación plena, activa y consciente” de todos los fieles y establece que tal participación es a la vez un “derecho” y un “deber” (art. 14).

En la mayoría de las organizaciones humanas, sea tanto una nación o un club social, la ciudadanía o la membresía no solamente confiere algunos derechos sino que encierra algunas obligaciones. Por el Bautismo, un individuo es unido a Cristo y su Iglesia y goza de las bendiciones de la gracia salvífica de Dios, particularmente por medio de los sacramentos. Es más, el bautismo también compromete al individuo a vivir una vida según el modelo de vida de Cristo, una vida de amor y servicio. Cristo no permaneció pasivamente esperando a que la gente le buscase. El se acercó a quienes necesitaban de Él y les sanó, alimentó y perdonó.

El modo en que participamos en la Misa Dominical es un símbolo del modo en que debemos vivir nuestro compromiso cristiano el resto de la semana. Siempre hay obstáculos inesperados en el tráfico que pueden hacernos llegar tarde a Misa. Sin embargo, nuestro amor a Cristo y nuestro deseo de celebrar con nuestras hermanas y hermanos en Cristo tan plenamente posible nos debe impulsar a llegar temprano a la iglesia, para recogernos nosotros mismos para el gran misterio de la Eucaristía que celebramos y escuchar toda la palabra de Dios que nos alimenta. De modo similar, conflictos de momento (o una enfermedad imprevista) pueden ser una razón por la cual, en ocasiones, alguien tenga que dejar la Misa temprano, pero nuestra unidad como el Cuerpo de Cristo es simbolizada de modo imperfecto cuando alguien se va antes de las palabras que formalmente se dicen en la despedida y envío. Alguien juzgaría como algo de mal gusto si alguien invitado a una cena formal después de que esta ha comenzado y los invitados han iniciado la primera parte de la comida o se va antes del postre y de las palabras de agradecimiento del anfitrión. Más aún, el individualismo de nuestra sociedad a menudo influye a algunos católicos a no ver nada malo en llegar tarde a Misa o abandonar la celebración de la comunidad temprano, a veces por razones insignificantes.

La *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* recuerda a todos los cristianos que la liturgia es el “culmen” y “fuente” de la vida cristiana (art. 10). También reúne a los obispos y sacerdotes de las parroquias para ayudar a los fieles a participar plenamente en la liturgia, unidos activamente en los ritos litúrgicos (art. 11). San Juan nos recuerda que “Dios amó tanto al mundo que entregó a su propio hijo” (Jn 3: 16). Como gente de fe, es nuestro privilegio y obligación participar lo más plenamente posible con Cristo nuestro hermano en dar gracias a nuestro amantísimo Dios por el don de su hijo. Tal participación activa durante la liturgia está muy lejos de ser un añadido opcional durante la Misa

puesto que está al centro de los que ser un cristiano significa.

© 2002, Dennis C. Smolarski, SJ. Usado con permiso.
Traducción en español por la Diócesis de San Diego.